

hasta la hora en que aparece el sol por oriente, escitando á todos los séres á ponerse en movimiento, mientras él envia torrentes de luz y de electricidad por la superficie del mundo.

En el solsticio de verano, la aurora y el crepúsculo se tocan de cerca. Apenas nos hemos separado del suelo, á la una y media de la mañana, cuando ya vemos muy distintamente la aurora por el nor-nord-este. Destácase correctamente su blanca claridad como una zona horizontal bastante delgada, y perfectamente cortada á unos 15° sobre nuestro horizonte. Jamás he admirado una luz tan suave y tan pura al propio tiempo. Aquella claridad, verdaderamente celestial, era de tan perfecta limpidez que aunque la estrellada bóveda fuese ya transparente de por sí, parecia cubierta de un color plumizo. A medida que examinaba yo aquella claridad, creía ver el cielo más y más cubierto, estrañándome que las estrellas brillaran.

Tal vez cause cierto asombro el que, á pesar de la luz de la luna, haya visto la aurora á la una y media de la mañana. He querido hacer este mismo experimento durante el novilunio, y el 30 de junio, estando el cielo enteramente despejado, he seguido con la vista el ténue fulgor del crepúsculo desde las once de la noche á la una de la madrugada, cerciorándome de que ha pasado progresivamente del nor-noroeste al norte y al nor-nordeste sin desaparecer por completo. En aquella fecha, el sol no descende mas que 18° bajo el horizonte.

Deseoso de conocer el estado relativo de la luna y de la aurora, comparé su luz de cinco en cinco minutos. A las 2 y 45 minutos las dos claridades fueron *iguales en intensidad*; entonces pude leer un escrito lo mismo volviéndome al nordeste (aurora) que al sudoeste (luna). Pero hay otra particularidad que tal vez sorprenda á mis lectores.

La luz de la luna es de una blancura proverbial. Cuando se compara con las luces

artificiales, como por ejemplo con las de gas (á cuyo lado parecen amarillas las de aceite), la luna amarillea y casi enrojece á su vez la luz del hidrógeno, y parece tan blanca como azul es por contraste. El astro cándido de las noches ha llegado á ser el emblema de la pureza virginal, y la mas hermosa azucena no se atreveria á comparar su blancura con la de Febea.

Yo tenia un verdadero interés en saber si la diosa de las noches, sorprendida al rayar el alba, seria tan pura como su reputacion. La prueba era fácil, y el fotómetro de los mas sencillos: bastaba exponer hojas de papel blanco á la claridad de la luna y volverlas del lado de la aurora, y asi sucesivamente, para comparar simultáneamente la intensidad y el color de ambas luces.

Pues bien: mucho antes de que la luz de la luna fuese tan intensa como la de la aurora, ví que aquella luz se ponía amarilla ante el puro esplendor del dia!

No estará de mas hacer constar aqui que he escrito las notas de mi diario de á bordo, que tengo á la vista para redactar estos artículos, en la misma navicilla, unas veces á la luz de la luna, otras á la claridad de las estrellas, y otras á tientas, pues ya se sabe que no es prudente llevar ninguna clase de luz en un globo.

El sur y el norte de nuestro cielo nos ofrecen dos aspectos muy diferentes. En el primero, la bóveda celeste es profunda, transparente, azul; la bruma que cubre la tierra se asemeja á un océano de nieblas; y la luna domina ese mundo de vapores. En el segundo, el cielo parece encapotado y terminado al nordeste por una abertura ó una transparencia.—Sobre nuestras cabezas se estiende la enorme esfera sombría é inmóvil en la apariencia.

Contemplo á la simple vista las manchas principales de la luna, y aun la radiante montaña de Tycho. Con un antejo de poco alcance, distingo las manchas mas pequeñas, como las que forman el lago de la Muerte, el de los Ensueños, el pantano del

Sueño y el mar del Frio. Al reparar en las brumas inferiores y sabiendo qué vientos son los que surcan la atmósfera, pienso en lo difícil que es para los que habitan en el fondo de este océano aéreo observar sin padecer algún error los mundos etéreos, y sobre todo en la dificultad de observarlos bien desde el Observatorio de París, perpétuamente sepultado entre el polvo de la gran ciudad.

Nuestro esquife aéreo sigue volando á través de la noche transparente. Abajo reina un silencio absoluto; arriba imperan las constelaciones titilantes.

A las 2 y 20 minutos hemos pasado á la izquierda de una pequeña poblacion. En un principio la tomamos por un huerto, pero examinándola mas atentamente, vemos que allí habia edificios, y que tenia al rededor un paseo plantado de árboles. Consultamos el mapa, y nos cercioramos de que era la villa de Verneuil.

A las 2 y 55 minutos pasamos por encima de Laigle, poblacion rodeada de valles profundos, sobre los cuales se elevaba á la sazón una lijera neblina, y proseguimos nuestra marcha por el departamento del Orne.

Vénus acaba de salir: esa blanca estrella brilla en la dorada aurora como en una llama mucho mas pura. Mercurio saldrá demasiado tarde para que sea visible. Marte se ha ocultado antes de la media noche. Saturno está ya declinando. Pero el cetro de esta noche pertenece á Júpiter: jamás he visto á este planeta tan brillante, aunque ahora no lanza destellos: parece tan luminoso como la luna, y todas las estrellas, tanto las de primera magnitud como las mas modestas, palidecen y se disipan ante él. A eso de las tres de la mañana empiezan todas estas á ocultarse, siendo Arcturo la última; pero la Luna y Júpiter continúan en su puesto aun despues de haber huido todo el ejército celeste al aproximarse el dia.

Despues de haber hecho este primer viaje nocturno aéreo, he pasado muchas veces

toda la noche en la atmósfera, pero jamás he visto una noche tan hermosa, ni tan plácida y pura. La suave influencia de la luz lunar que descendia de nuestro pálido satélite le comunicaba un mágico atractivo. No percibiamos el menor soplo de aire que nos enfriara, puesto que el mismo movimiento del aire era el que llevaba el globo. La temperatura era de 5° sobre cero á 1,500 metros de altura y á las dos de la madrugada (á la superficie del suelo era de 10°); á las dos y media, y á 1,000 metros de elevacion, subió á 8°; á las tres, y á 400 metros, era de 11°, *mas elevada* que en el fondo del valle donde echamos pié á tierra, pues allí el termómetro marcó 6° media hora mas tarde. La humedad era tambien mas pronunciada en el valle.

La luz difundida en la atmósfera por la aurora es muy diferente de la que envia la luna. A favor de ésta, me ha sido siempre fácil leer mis instrumentos y escribir, y nunca hemos dejado de distinguir el campo, los bosques, las mesetas y los valles. Pero esta claridad *resbala* sobre los objetos en vez de penetrar en ellos; esfuma vagamente los contornos y bosqueja un plano con medias tintas. Con la luz de la aurora sucede lo contrario. Aun antes de que su intensidad llegue á igualar á la de la claridad lunar, llena toda la atmósfera y se refunde en ella. Empapa los aires, las montañas y los valles; *penetra* las plantas de los bosques y la yerba de las praderas. Parece que todo vive en ella, y que se impone plenamente á la naturaleza como la causa universal de la vida, de la fuerza y de la belleza de las cosas creadas.

El silencio *absoluto* que se percibia en la naturaleza durante la noche, empieza á interrumpirse hácia las tres de la madrugada por algunos sonidos suaves y lejanos. A las 3 y 30, el canto de las avecillas se acentúa con mas vivacidad: su voz es pura en el órden del sonido como la aurora en el órden de la luz: todas cantan con júbilo, y las limpias notas de sus diminutas gargan-

tas vuelan candorosas por la atmósfera bañada de luz.

A las 3 y 25 llegamos cerca de la aldea de Gacé, y descendemos en una pradera cubierta de rocío, á orillas del risueño Touques, riachuelo que desemboca en el mar junto á Trouville. Habiendo dado salida á una corta cantidad de gas, nos mantenemos á la superficie del suelo, rozándolo lijeramente. Algunos bueyes que pastan tranquilamente miran con asombro nuestro descenso, sin atreverse á acercarse hasta despues de un cuarto de hora de reflexion: nos contemplan con ojos tan atónitos, que seguramente no aciertan á explicarse á qué série de la escala zoológica pertenecemos. Dejamos que se aproximen, y arrojando despues un saco de lastre á la cabeza de los mas atrevidos, nos elevamos veinte metros y saltamos al otro lado de la pradera. Hasta las cuatro dadas no llegaron algunos hombres, que, sujetando la barquilla, nos permitieron echar pié á tierra cerca de otra vacada.

Las reflexiones que se les ocurren á hombres, mujeres y niños cuando ven bajar un

globo no son una de las cosas menos interesantes en esta clase de viajes. El barómetro de mercurio colocado en su estuche, les parece «un anteojito de larga vista, con el cual se estudia la luna,» ó bien una carabina. Toman el barómetro por un reloj, «porque arriba las saetas no andan.» El barómetro arenoide es para ellos una brújula; los tubos, los menores aparatos, los mapas, nuestras maletas, y hasta la mas inofensiva botella, todo lo contemplan con asombro y lo comentan á su manera.

A cada nuevo viaje, aprecio mas el atractivo de este excelente sistema de locomocion, y cada vez me admiro mas de no verle desarrollado en grande escala. No hay ningun medio de transporte que ofrezca tanta variedad ni tanto placer como este. A la absoluta inmovilidad aparente de la navecilla se une la sin par belleza del espectáculo que se contempla. Nos deslizamos en silencio por las llanuras aéreas, arrebatados por un soplo invisible por encima de los paisajes mas encantadores... Es una cosa verdaderamente digna de los angelicales habitantes de Júpiter...